

SEBASTIÁN GARCÍA VAZQUEZ

El cuadro y el espejo

SEVILLA 1974

Separata de «Estudios de Arte Español», publicado por la Real Academia de Bellas
Artes de Santa Isabel de Hungría, bajo la protección del Patronato «José M.*
Quadrado» del C.S.I.C.

Dep. Legal.: SE-1J7-1974. I. S. B. N.

Esc. Gráfica Salesiana - M.^ª Auxiliadora, 18 - Sevilla

El sentido de la vista, tan importante para las artes plásticas —como que es imprescindible— suele hacerle jugarretas a los pintores. Ticiano debió estar bien al tanto de ellas si es verdad lo que se dice de que no dejaba salir cuadro de su taller sin antes tenerlo, como en cuarentena, vuelto hacia la pared algún tiempo.

Porque, desgraciadamente, al pintor le ocurre que con tanto mirar y remirar la obra mientras la está realizando, acaba no viéndola con el conveniente espejo. Se cumple aquello de “quien más mira menos ve”. De aquí la sorpresa, el desengaño, la desilusión del pintor cuando al cabo de algunos años se encuentra con una obra suya ya casi olvidada y nada más que echarle la vista encima le descubre, como por arte de magia, imperfecciones, desgracias, que antes con tanto como la miró no supo —o no pudo— verlas: un desdibujo, un tono de color que su sensibilidad rechaza, un elemento compositivo que no está en su justo sitio, algo que sobra, algo que falta... ¡qué lástima!

Fenómeno raro, desesperante, aquella circunstancial ceguera y esta repentina clarividencia de ahora que no debe atribuirse en todo caso a un posterior mejoramiento de nuestras facultades artísticas y críticas. Porque si la obra hubiera sido de otro artista, mismo en aquel entonces hubiéramos estado prontos a cazar esas imperfecciones. Tampoco debe atribuirse la ceguera del artista para su propia obra a la venda que el amor suele ponerle a sus ojos. Porque si bien esto último es verdad, también lo es que el amor precisamente es lo que mueve al artista exigente consigo mismo a abrir más y más los ojos y a afinar en extremo su sensibilidad y sentido crítico en un afán casi exasperado de lograr la obra perfecta.

¿Perfección? No la entendamos ahora en el sentido universal a que suele llevarnos la razón ya de antiguo encauzada por el clasicismo griego con sus cánones insuperables. Pensemos, admitamos para

salvar las limitaciones, que una es la perfección en Rafael y otra en Velázquez. Y admitamos también, por lo tanto, una posible perfección particular en cada artista.

En realidad todo pintor con alguna experiencia sabe de estas malas partidas que con bastante frecuencia suele jugarles el sentido de la vista. Como sabe también que esto tiene como causa principal el hecho insoslayable de tener que mirar continuamente la obra en tanto que la está realizando.

Cuántas veces el artista que envía su obra a un concurso y no logra el éxito que esperaba, luego se da cuenta de que cometió un error al mandarla recién sacada del horno en lugar de haberla tenido vuelta hacia la pared algún tiempo. Dígalo si no, ese cuadro que el pintor arrincona porque no le gusta y no le ve los puntos negros de su desgracia, y un buen día vuélvelo al caballete y —¡oh fortuna!— una corrección por aquí, otra por allí, alguna leve variación y el cuadro gana la gracia, queda salvado.

Todos los sentidos aplicados sin descanso a una cosa acaban por embotarse; pierden la sensibilidad sobre esa cosa. Así el carpintero acaba no disfrutando —por no percibirlo— el grato olor de la madera recién cepillada. Y lo mismo el panadero con el montón de hogazas recién sacadas del horno.

Un recurso del pintor contra el anublamiento accidental que llega a sufrir ante su cuadro en ciernes, es mirar éste en un espejo. En el espejo se acusan seguidamente los desdibujos y deformaciones que en el cuadro real se le ocultaban al pintor. Ojalá fuera lo mismo con el color. Pero no. El color se ve lo mismo con espejo que sin él.

Cualquiera diría que en esto del espejo hay algo de misterio. A mi entender lo que ocurre es simplemente que el pintor es la única persona que no puede ver un cuadro suyo por primera vez; porque forzosamente ha estado mirándolo desde la primera hasta la última pincelada. De ningún modo puede verlo como el visitante de la exposición que se lo encuentra, de pronto, en su definitivo estado. Entonces, con el espejo, ocurre un fenómeno que, repentinamente, coloca al pintor en una situación nueva para él. Porque ahora su cuadro reflejado y cada uno de los elementos de la composición aparecen invertidos en relación con sus ejes verticales: Lo de la derecha aparece a la izquierda y viceversa. El cuadro no ha sufrido más alteración que esa. Alteración que esencialmente no lo es, puesto que en verdad el espejo nada quita, ni pone ni modifica. Todo, proporciones, forma, color, siguen exactamente iguales. Pero

es lo cierto que debido a esa extraña y singular alteración, el autor recibe de pronto la impresión de estar viendo un cuadro en cierto modo distinto al suyo y, por lo mismo — atención a esto—, de que lo está viendo por primera vez. Como todo el mundo menos él puede verlo. Es la misma impresión que se siente —más acentuada en este caso por entrar en juego las tres dimensiones— al mirar por un espejo una calle bien conocida. Por el solo hecho de cambiarse de lado las aceras, la calle nos parece otra nunca vista hasta entonces.

Y esto que decimos de la vista en la pintura, creo que puede aplicarse a los músicos y a los poetas en cuanto al sentido del oído. Sospecho que éstos también se llevarán sorpresas por el estilo al oír de nuevo composiciones tuyas ya casi olvidadas.

SEBASTIÁN GARCÍA VÁZQUEZ.



TIZIANO. Venus mirándose al espejo. Galería de Corsini de Florencia.